

DE *LA ALBORADA* A *DOÑA BÁRBARA*: EL PENSAMIENTO DE GALLEGOS Y LA MODERNIZACIÓN DE LA NACIÓN

Florence Montero Nouel

Universidad Central de Venezuela

RESUMEN

En este artículo se analizan las relaciones entre las ideas de Gallegos relativas a política, sociedad y educación expuestas en algunos números de la revista *La Alborada* y la incorporación de las mismas, en clave ficcional, en su más famosa novela: *Doña Bárbara* (1929). La presencia de estas ideas, en el caso de la obra de creación, implica asimismo una suerte de negociación entre las fuerzas telúricas y el orden civil, una estrategia para modelar, simbólicamente, el barro de la nación.

Palabras clave: novela, civilización/barbarie, *La Alborada*, identidad.

ABSTRACT

FROM *LA ALBORADA* TO *DOÑA BÁRBARA*: GALLEGOS' THINKING AND NATION UPGRADING

In this article, we analyze the relations between Gallegos' ideas related to politics, society and education, which are expressed in some editions of a review entitled *La Alborada*, and the incorporation of these ideas, in a fictional code, in his most famous novel, *Doña Barbara* (1929). In the case of the work of creation, the presence of these ideas also implies a sort of negotiation between the telluric forces and the civil order. It is a strategic to model symbolically the mud of the nation.

Key words: novel, civilization/barbarism, *La Alborada*, identity.

RÉSUMÉ

DE *LA ALBORADA* À *DOÑA BÁRBARA*: LA PENSÉE DE GALLEGOS ET LA MODERNISATION DE LA NATION

Cet article examine les rapports entre les idées de Gallegos exposées dans certaines éditions d'une revue intitulée *La Alborada*, concernant la politique, la société et l'éducation et l'incorporation de ces idées en code de fiction dans son roman le plus célèbre: *Doña Barbara* (1929). Dans le cas de l'œuvre de création, la présence de ces idées implique également une sorte de négociation entre les forces telluriques et l'ordre civil, ce qui est une stratégie pour modeler d'une manière symbolique la boue de la nation.

Mots-clés: roman, civilisation/barbarie, *La Alborada*, identité.

RESUMO

DA *LA ALBORADA* A *DOÑA BÁRBARA*: O PENSAMENTO DE GALLEGOS E A MODERNIZAÇÃO DA NAÇÃO

Neste artigo analisam-se as relações entre as ideias de Gallegos relativas a política, sociedade e educação expostas em alguns números da revista *La Alborada* e a incorporação das mesmas, em chave ficcional, em sua mais famosa novela: *Doña Bárbara* (1929). A presença destas ideias, no caso da obra de criação, implica assim mesmo uma sorte de negociação entre as forças telúricas e a ordem civil, uma estratégia para modelar, simbolicamente, o varro da nação.

Palavras chave: novela, civilização/barbarie, *La Alborada*, identidade.

El 31 de enero de 1909 se publicó el primer número de *La Alborada*, apenas un mes y medio después de la caída de Cipriano Castro, que tuvo lugar el 19 de diciembre del año 1908. La actitud, muchas veces delirante del presidente Castro, generó un intenso descontento en la población. Gran parte del país lo veía como hombre insaciable, desmesuradamente seducido por el poder, cómplice, cuando no promotor, de la malversación de los fondos públicos, inclinado a repartir favores entre los miembros de su camarilla, situación que propició intrigas y peligrosas rivalidades entre los grupos de su entorno inmediato. Esto fue determinante en el ascenso de Juan Vicente Gómez, vicepresidente del gobierno, cabeza del grupo andino, compadre de la pareja presidencial y hombre digno de la confianza de Doña Zoila, esposa del dictador.

La enfermedad de Cipriano Castro permitió, asimismo, la gestación del pugilato entre los grupos que, por integrar la *corte oficial*, se sentían merecedores del poder. De allí, por ejemplo, la llamada *Conjura*, acción con la que se pretendió eliminar a Gómez¹. Pero, a fin de cuentas, éste supo manejar la situación azarosa que le brindó a finales de 1908 la ausencia de Castro, y aprovechó la coyuntura para instalarse definitivamente en el poder, con el consenso, además, de numerosos grupos que vieron en él la apertura hacia una organización democrática, el camino para la consecución del ideal de progreso, la realización de aquello que hasta entonces sólo había sido anhelo, deseo de un mundo mentalmente estructurado como posibilidad, utopía.

Y es esta perspectiva de fundar y cimentar fuertemente las bases de la nación moderna, de emprender una tarea de transformación social, la que conduce a los jóvenes creadores de *La Alborada* a darse la oportunidad de aceptar el cambio de gobierno como esperanza, como posibilidad de cancelar un orden que no había logrado desprenderse de los frecuentes levantamientos, de las montoneras y del caudillismo. La revelación de intenciones que se expresa en el primer número, y en los diversos textos relativos a la crítica situación del país, publicados en el semanario, podría calificarse de ingenua, como algunos estudiosos del tema han señalado. En efecto, para los lectores de hoy las frases iniciales

¹ El movimiento de *La Conjura* (enero-marzo 1907), en el que fueron figuras relevantes Rafael Revenga, Román Delgado Chalbaud y Francisco Linares Alcántara (hijo), entre otros, trata de impedir que el vicepresidente Juan Vicente Gómez asuma la presidencia del país, a raíz del grave estado de salud de Cipriano Castro, que se ve obligado a retirarse a Macuto (fines de 1906) para ser sometido a tratamiento médico. Se dice, incluso, que Gómez llegó a ser amenazado de muerte.

de un artículo como “Hombres y principios”, escrito por Gallegos y publicado en el primer número de *La Alborada* (31 de enero de 1909), expresan la satisfacción del cambio de gobierno, el aplauso por el ascenso del vicepresidente, la disposición a colaborar con la gestión que se iniciaba:

Solemne hora, decisiva para los destinos de la Patria es la que marca la Actualidad. En el ambiente que ella ha creado parecen advertirse las señales que anuncian el advenimiento de aquel milagro político desde largo tiempo esperado como única solución eficaz del complejo problema de nuestra nacionalidad republicana (p. 3)

Pero es conveniente no olvidar la distancia histórica que nos da la ventaja de mirar desde hoy los veintisiete años siguientes a esta actitud esperanzada del joven Gallegos (para entonces tenía 25 años), animado por las expectativas surgidas en diversos grupos del país, que apostaron y creyeron inicialmente en la posibilidad de construir un Estado democrático, que promoviera la erradicación del personalismo político, de la corrupción, de la rígida censura que hace decir a los redactores (Henrique Soublette, Julio Rosales, Julio Planchart y el propio Gallegos)², en el editorial del ya citado primer número del semanario:

Salimos de la oscuridad en la cual nos habíamos encerrado dispuestos á [sic] perderlo todo antes que transigir en lo más mínimo con los secuaces de la Tiranía. Muchos de nosotros hemos estado á punto de ahogarnos bajo la opresión de aquella negra atmósfera [...] Nuestro oscuro pasado nos ha robustecido, nuestro silencio nos da derecho á levantar la voz (p. 3).

Sin embargo, ese aparente optimismo se muestra asediado por una desconfianza que permea el discurso de los esperanzados redactores y se apoya en la crítica a gestiones anteriores (la de Castro, por ejemplo), en el diagnóstico de las deficiencias, como puntos de partida para iniciar un trabajo de transformación del país, en el que explorar las causas de sus desaciertos sociales, políticos, económicos, será determinante para la elaboración de cualquier programa reconstructivo. A pesar del júbilo que inicialmente puede leerse en los textos del semanario, muchos de los discursos que lo integran están orientados al aprovechamiento de una coyuntura política que se intuye frágil, probablemente transitoria, despojada de asideros confiables. De allí el énfasis en la crítica a las

² Aunque su nombre no aparece entre los redactores de *La Alborada*, registrados en la primera página de la publicación, también forma parte de este grupo el escritor venezolano Salustio González Rincones (1886-1933).

dictaduras, el manejo de una retórica que no solamente intenta la *persuasión* de los lectores, sino que funciona como abierta protesta, como refutación a cualquier modelo ideológico que avale el totalitarismo.

Con relación a la duda que permanentemente acompaña a Gallegos respecto a la intención democrática anunciada con el cambio de gobierno, debemos tener en cuenta sus continuas advertencias, relativas al carácter incipiente de aquella supuesta apertura. Su discurso mantiene una línea reflexiva que se esmera en observar las debilidades del terreno donde se colocarán las bases del ansiado modelo democrático. Pero más allá de patrones y fórmulas, de recetas para sanar los males, Gallegos fundamenta sus puntos de vista en el análisis minucioso de las particularidades, de los rasgos específicos de nuestro ordenamiento social. Atraído por las doctrinas del positivismo, se inclina a la observación y exploración de los fenómenos sociales, al estudio de las características culturales e históricas del medio, para esbozar su interpretación del país. A pesar de las actitudes idealistas, esta prosa crítica de Gallegos propone un estudio sistemático, organizado, de los conflictos nacionales, apoyándose, en gran parte, en herramientas provenientes de los postulados positivistas. El credo en la *evolución* como proceso de avance hacia etapas superiores de la civilización, del progreso como vía positiva para alcanzar el desarrollo moderno, son claras señales de esta filiación ideológica de Gallegos. Al respecto, es útil citar, brevemente, lo que señala Arturo Sosa en su libro *Ensayos sobre el pensamiento político positivista venezolano*, refiriéndose a una de las ideas que conforman el paradigma de esta tendencia en el país:

el positivismo es ferviente creyente en la evolución de las sociedades hacia grados de mayor perfeccionamiento social. La revolución no debe concebirse sino como un momento de aceleración de la evolución (Sosa, 1985: 10).

Pero lejos de juzgar estas inclinaciones del pensamiento de Gallegos, nos interesa subrayar que la amplia divulgación que adquirió el positivismo en Venezuela podría contribuir a explicar la presencia de sus postulados en los discursos de gran parte de los intelectuales de la época. Como apunta Sosa en el libro citado anteriormente:

el positivismo se impone como el paradigma de pensamiento aceptado generalmente en el país. Coincide esta etapa con los años finales del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX. Las ideas positivistas guían la renovación de la legislación del país; la educación se encamina por esa vía; las expresiones culturales son ejemplo de la profundidad que van alcanzando estas convicciones en el conjunto de la sociedad. (Sosa, 1985: 14-15).

No obstante la filiación positivista de Gallegos, que habría podido orientarlo a la defensa del “gendarme necesario”, observamos en su postura una reiterada negación al culto al personalismo político. Veamos lo que señala también en otros pasajes de aquel primer artículo (“Hombres y principios”) de *La Alborada*:

Hombres ha habido y no Principios, desde el alba de la República hasta nuestros brumosos tiempos: he aquí la causa de nuestros males. A cada esperanza ha sucedido un fracaso y un caudillo más en cada fracaso y un principio menos [sic] en la Conciencia Social. (p. 4)

Su rotunda oposición al caudillismo, a la relación entre el jefe único y sus servidores incondicionales, su llamado a entender esta situación como práctica que disgrega y desestabiliza el desarrollo social, nos impiden asimilarlo a posturas inclinadas a la defensa de cualquier tipo de totalitarismo. Si bien es cierto que expresa una identificación con el gobierno naciente, esa identificación resulta justificable, en la medida en que se entiende que el mandato de Gómez será un tránsito breve, una alternativa inmediata que conduciría a concretar la democracia venezolana, puesto que ofrecía convocar la participación de diversos sectores, en una atmósfera de tolerancia y discusión abierta. Candidato de consenso, Juan Vicente Gómez ascendió a la presidencia, según la aspiración de muchos, precisamente para romper las ataduras a un gobierno personalista. Se buscaba, tal como lo expresan los artículos de Rómulo Gallegos -y los de Planchart, Rosales y Soubllette- cancelar el caudillismo, transformar el concepto de partido político (que venía desprestigiándose desde el siglo XIX) y fundar nuevos partidos, entendiéndolos como fuerzas fundamentales para mantener el equilibrio del Estado. En el N° III de *La Alborada* (21 de febrero de 1909), Gallegos firma un texto titulado “Por los partidos”, en el que expresa lo siguiente:

No basta el hecho de que los Partidos, puedan mañana medir sus fuerzas de paz en los comicios, ni aún la conquista moral que obtengamos, cuando éstos puedan llevarse á [sic] cabo libres de la coacción del Poder, porque este mismo triunfo, de toda legalidad, puede fácilmente convertirse en causa de nuevas violencias, si los contendores no son capaces de enfrenar sus pasiones ante el imperio de la Ley. ¿Se llegará á dar el caso de que al día siguiente de la justicia, vaya el vencido, sin menoscabo de su dignidad, ni claudicación de su doctrina, á ofrecer al vencedor su cooperación desinteresada en obsequio á la Patria?

Este sería el verdadero triunfo, el primer día de la República; mas para lograrlo, es necesario robustecer en conciencia lo que abunda en instintos, desvirtuar el carácter bélico de tales agrupaciones políticas, fortaleciendo en ellos el elemento civil, hasta equilibrarlo con el militar que hoy predomina; dar más valor á la idea esencial de la colectividad que al prestigio del Jefe, i [sic] hacer que éste llegue á ser un representante i nó [sic] un señor absoluto, una palanca movida por el mecanismo general i nó la única fuerza de iniciativa i de impulso, la cual debe partir del cerebro de la asociación, representado en sus unidades pensantes. (p. 4)

Según las reflexiones iniciales del escritor, la reestructuración del aparato legal y, sobre todo, el cultivo de una conciencia social que permitiera inculcar en las masas la necesidad de respetar la ley, de no verla lejana y extraña, de entenderla como soporte de la vida cotidiana; la conveniencia de actuar dentro de un orden jurídico que garantizara la solidez del Estado, la protección del ciudadano, el funcionamiento de las instituciones, la autonomía de los poderes públicos, la aplicación de la Constitución, etc., eran prioridades a las que el intelectual de la época debía abocarse. Heredero de la concepción decimonónica de esta figura, Gallegos se mira a sí mismo como forjador de opiniones, como ductor de las masas, como paradigma moral. De allí el tono paternalista y aleccionador que en ocasiones se cuela entre sus frases. De allí también su proceder cauteloso, su mesura, la necesidad de racionalizar su actuación pública. La búsqueda del equilibrio entre ideario y conducta se convierte para él en ejercicio permanente.

El pensamiento inicial de Gallegos muestra características fundacionales, en la medida en que expresa la intención de construir un país renovado. Se imponían, por eso, reformas que facilitarían la inserción de Venezuela en el mundo moderno, que hicieran posible el diálogo con las grandes metrópolis. Establecer normas tendientes a regular la dinámica del espacio público y del ámbito privado; diseñar planes educativos que permitieran la extensión del conocimiento a grandes sectores de la sociedad, que para entonces presentaba un elevado índice de analfabetismo, son ideas que ponen de manifiesto su decidido propósito de sistematizar el funcionamiento de la nación. Critica el personalismo, la fundamentación de la vida política en hombres y no en agrupaciones civilmente organizadas. Define al caudillo como un “moderno señor feudal” y destaca su influencia nociva. La cancelación de estas formas de poder implicaría, según el ideario del escritor, el surgimiento de una verdadera República. La sana regulación del poder, la necesidad de que éste se desarrolle dentro de límites legales, es uno de sus más reiterados propósitos.

“El respeto a la ley”, publicado también en el N° III de *La Alborada*, por ejemplo, es un texto en el que una vez más Gallegos critica las notables fisuras del sistema legal venezolano, las permanentes infracciones que éste sufre. Desde la mirada del autor, ni la sustitución de los gobernantes, ni las modificaciones en el ámbito institucional, permitirán alcanzar el funcionamiento deseado. Sólo el cultivo de la conciencia cívica, la asimilación que ésta pueda hacer de la importancia de las leyes, permitiría su aplicación en el trazado de la nación moderna. El individuo común se muestra en este artículo, como sujeto indiferente a una estructura jurídica que le resulta extraña a sus propios intereses. Despojada de sus funciones, manipulada y adaptada a las exigencias de cada gobernante, la ley se transforma en entidad ficticia, en entelequia que en nada atañe al pueblo, el cual en gran medida la ignora y apenas tiene de ella una noción difusa. Por eso infringirla o adaptarla a la conveniencia del poder, sólo provoca indiferencia. La idea de legalidad que maneja Gallegos problematiza la noción y el funcionamiento de la ley en el país, porque se plantea a partir de una crítica que enfatiza la corrupción que ha consumido las bases del aparato jurídico nacional. Legislar para actuar impunemente y a favor del deseo particular, “acomodar” artículos, borrarlos, enmendarlos u omitirlos, de acuerdo a la conveniencia del siempre aplastante poder ejecutivo, son características recurrentes de nuestros gobiernos, según la lectura que registra Gallegos en estos trabajos de 1909:

La facilidad conque, á [sic] raíz de toda crisis, puede ser enmendada i [sic] aun reformada de un todo nuestra Carta Fundamental, prueba de modo elocuente que el Culto de la Ley no ha arraigado en el espíritu Nacional. Esto, que debe ser obra de evolución social, puede en Venezuela ser llevado a cabo, por un hombre sólo i cuando menos lo reclaman las necesidades públicas (p. 4).

La ley, entonces, podría entenderse a partir de estos artículos como constructo desvinculado de la realidad del sujeto común, que la entiende como artificio, palabra inerte, vacía de significados y completamente ajena a su cotidianidad. En el mismo texto continúa señalando:

Sería necesario inculcar en la conciencia social el respeto á [sic] la Ley, convertir en culto lo que es indiferencia, escribir en el alma antes de corregir en el Libro. Nada importa el valor teórico de un principio ó [sic] una ley, si no han penetrado en la conciencia de un pueblo (p. 4).

Discurso que no es respetado, que no se ha promovido como parte de la conciencia colectiva, la ley se hace arma de la hegemonía, código que parece tornarse inaprehensible por su continua adecuación a los intereses del poder.

Así, es captada por las masas como expresión de alteridad, como lenguaje que nombra otra cosa, otro orden que entienden extraño, situado al margen de su mundo.

Asimismo, la educación es inquietud central en el pensamiento de Gallegos. La concibe como arma para promover la tan ansiada *evolución* del país. La postura que el escritor asume al referirse a la *Revista de Instrucción Pública* o cuando se dedica a escribir la serie titulada *El factor educación*, expresa su intención de analizar las distintas circunstancias que han contribuido a relegar la educación venezolana y a desgastar las estructuras sobre las cuales se apoya su funcionamiento. La incapacidad del personal que la ejerce, la poca remuneración que recibe el maestro, los manejos políticos a los que se ve sometido el presupuesto destinado a ponerla en práctica y, sobre todo, los métodos caducos (a su modo de ver) a través de los cuales se imparte, son deficiencias señaladas por Gallegos como obstáculos para alcanzar la modernización de la enseñanza. Se opone, entonces, a “sobrecargar la inteligencia rudimentaria del niño, con un pesado fardo de cosas inútiles y extemporáneas”, a “ahogar la libre iniciativa de su espíritu, desde que comienza á [sic] ensayarse para el vuelo, [a] matar en él todo lo que es noble y vigoroso en nombre de una odiosa moral de histriones ó [sic] esclavos”³.

Gallegos centra gran parte de los textos publicados en *La Alborada* en una discusión que apunta a cuestionar la imposición arbitraria de la autoridad al estudiante, sin cultivar en él ningún respeto por sus preceptores, sino el miedo a la represión, la cesión de su voluntad ante la fuerza de la violencia. El fomento del odio, la conformación de actitudes resentidas generadas por estas prácticas, contribuyen, desde la perspectiva de Gallegos, a fundar las bases de todo sometimiento, de toda sujeción a los mecanismos de poder, niegan la posibilidad de disentir y promueven la tiranía. En efecto, su escritura sugiere el diálogo intertextual, esto es, su relación con otros discursos divulgados en la sociedad a través de diferentes canales; discursos a los que implícitamente responde y a los que reta con su palabra. No podemos dejar de leer sus frecuentes alusiones a conductas generadas por los regímenes dictatoriales, perseguidores implacables de la disidencia, aniquiladores del “vuelo” mencionado por Gallegos en la cita anterior y de cualquier iniciativa que transgrede las fronteras de un pensamiento no previsto, no controlable, no hecho a la medida de las pautas ideológicas impuestas.

³ R[ómulo] G[allegos]. “Algo sobre la *Revista de instrucción pública*”. En: *La Alborada*. Año I, N° II. Caracas, 14 de febrero de 1909.

A pesar de los riesgos, diseñar la nación venezolana del siglo que comenzaba, planificarla, configurar su imagen ideal, fue un reto para el intelectual que se identificaba con la democratización del país, asumía los cambios sociales, la progresiva consolidación de las clases emergentes y el desplazamiento del patriciado nacional. De allí la compleja dinámica que caracteriza la escritura de Gallegos y que descubrimos cuando intentamos articular su prosa ensayística -sobre todo la de estos primeros años- con sus universos ficcionales. Ciertamente, la tendencia positivista contribuyó a sustentar un paradigma de pensamiento que respondía a la mentalidad de las élites, lo que podría esgrimirse como justificación para resaltar su carácter excluyente. No obstante, la relación del hombre ilustrado con *el otro social*, con esas “capas sociales [...] que ocupan un nivel inferior”⁴, adquiere complejos matices en el escenario narrativo, porque en éste las acciones ordenadoras de la nación, pierden la rigidez del discurso eminentemente racional (que aspira a diseñar una estrategia para llevar a cabo un proyecto) y dan paso a construcciones simbólicas que se nutren de un sustrato cultural heterogéneo en el que, lejos de excluirse, afloran y se abordan mitos, leyendas populares, conductas, creencias, representaciones orientadas a configurar imágenes de la tradición (incluso, de aquella tradición que se cuestiona por entenderse como fuerza disgregativa), abriéndose un espacio que valida ese universo colocado fuera del centro. Al margen de los programas reivindicadores orientados a diseñar los caminos hacia el progreso, del evolucionismo que remarca la idea del carácter perfectible de las sociedades a través del tránsito por diferentes etapas, Gallegos penetra en muchos de sus textos en nuestros profundos enigmas culturales. Su conciencia de las mixturas sociales, de las contradicciones que nos habitan, de la coexistencia en nuestro medio de formas derivadas de la herencia colonial y signos propios de la vida moderna, se revela en su prosa de ficción.

La intención de Gallegos de construir una nación modernizada, que para él implicaba la democratización de las instituciones, la inclusión de los grandes grupos sociales en el funcionamiento del país, trasciende las páginas de sus artículos periodísticos y es constituyente esencial de sus ficciones. En *Doña Bárbara* (1929), que ahora nos ocupa, podemos rastrear estos vínculos y observar, además, la depuración de muchas ideas que en *La Alborada* podían

⁴ R[ómulo] G[allegos]. “Las causas”. En: *La Alborada*. Año I, N° II. Caracas, 14 de febrero de 1909.

leerse como radicales o impregnadas de esa didáctica ejemplarizante presente en muchas reflexiones del Maestro. El criticado maniqueísmo de *Doña Bárbara* creo que tiene una base más bien frágil, que se apoya en una lectura centrada en lo que el texto revela de manera inmediata. En efecto, visitar esta novela de Gallegos implica tener en cuenta las nociones de civilización y barbarie nacidas de las ideas de Sarmiento⁵, pero es necesario mantener la mirada en la lógica interna de las acciones, en la perspectiva ideológica que construye la novela, en los personajes (Doña Bárbara, Santos Luzardo, Lorenzo Barquero, Marisela, por ejemplo) y en sus peripecias, en las ideas que ellos generan en la historia narrativa, para penetrar, entonces, en sus contradicciones, para observar los matices que presentan sus posturas, para captar la línea difusa entre sus decisiones y los impulsos internos que los animan, para descubrir, a fin de cuentas, que en el desarrollo del texto las polarizaciones están permanentemente intervenidas por tentaciones y dudas que las desestabilizan. Quiero decir con esto que la tan citada dicotomía civilización/barbarie se estructura en el discurso ficcional de Gallegos sobre complejos matices que tienden a anular la radical oposición de estos términos. Ciertamente, la civilización mantiene una connotación positiva y la barbarie es mostrada como situación no deseable para el desarrollo del país, pero en la construcción textual galleguiana, la superación de la barbarie, la fundación de la nación moderna, no parece posible sin la incorporación de las fuerzas que el elemento bárbaro presenta como recurso germinal. Porque, a pesar de que Luzardo es representación del letrado que se siente llamado a conducir a las masas, es permanentemente tentado por esa especie de “canto de sirenas”

⁵ Para profundizar este tema, recomendamos revisar el artículo “*Doña Bárbara* y el fantasma de Sarmiento”, de Nelson Osorio (ver bibliografía), donde creemos que se desarrolla una aproximación muy acertada acerca de las diferencias entre la tesis de D.F. Sarmiento sobre la dicotomía civilización/barbarie y la noción que sobre estos términos expone Gallegos en el universo ficcional de *Doña Bárbara*. Señala Osorio en su artículo: [...] “no hay parentesco real entre la tesis de Sarmiento y la de Gallegos. El empleo de los mismos términos, más que apoyo para identificarlos, sirve como eje para establecer las diferencias: lo que Gallegos entiende por Civilización y por Barbarie es muy distinto de lo que entendía Sarmiento” (Osorio, 1983: 28). Y más adelante explica: “Si se toma en cuenta la totalidad del enunciado textual de la novela, puede apreciarse claramente que el modo como está presentado el mundo del Llano, su paisaje y sus habitantes –lo que habría que considerar como la ‘barbarie’-, difícilmente podría asimilarse a una perspectiva de enunciación que valorara en forma puramente negativa esa realidad” (Osorio, 1983: 30). También puede ser muy útil al respecto el texto de Javier Lasarte “Lecturas en pugna: *Doña Bárbara*”, incluido en la bibliografía.

que lo seduce y busca arrastrarlo a esferas primitivas, con las cuales también se identifica. Si leemos con cuidado, no pasaremos por alto que la aceptación del dueño por parte del grupo representativo de los sectores populares, de los peones rudos, desposeídos, excluidos del poder, se funda sobre la confianza que les inspira la capacidad de Luzardo para manejarse dentro de los códigos válidos en ese escenario primitivo. Su triunfo en “La doma” hace posible el pacto. La alianza entre el señor y sus trabajadores, y el respeto que éstos le profesan, surgen porque los campesinos están convencidos de que Santos comparte su lenguaje. En este sentido, el crecimiento social planteado por Gallegos apela a la comunicación, al diálogo entre los diversos componentes del imaginario nacional, entre nuestros distintos patrones culturales, entre las formas de vida coexistentes en nuestra territorialidad.

Aunque ha sido blanco apetecible del parricidio simbólico (por sus compromisos políticos, por su militancia adeca, por su grave apariencia de figura de autoridad -padre o maestro-), creemos que Rómulo Gallegos aspiraba a fomentar la construcción de vías democráticas, para asentar sobre esas bases la Venezuela del siglo XX. En su ideario, la modernización del país se concebía como la integración o, en todo caso, como la aceptación, por parte de las élites intelectuales, de los distintos factores que componían la heterogénea sociedad venezolana. El hombre ilustrado debía funcionar como aliado de los desposeídos. Y al respecto es importante no olvidar que si bien la mayoría de los escritores de la época mostraban sus recurrentes nostalgias por un ordenamiento que se desmoronaba, por los restos de un patriciado ya en franco proceso de extinción, Gallegos asumía (y aplaudía) el ascenso y la incontenible fuerza social de las clases emergentes. De allí, por ejemplo, el desenlace de *La trepadora* (1925), novela en la que el personaje Victoria Guanipa gana la batalla a los prejuicios sociales y se convierte en punto culminante del ascenso iniciado por su padre.

En *Doña Bárbara* una de las propuestas centrales es develar, bucear, sumergirse en aspectos subyacentes en el imaginario nacional, explorar lo que permanece solapado, con frecuencia fuera de los mecanismos organizadores de la imagen “oficial” de la patria. El diseño de espacios narrativos como *Doña Bárbara*, en los que elementos populares son modelados como piezas fundamentales de la cultura, de un sustrato que forma parte del imaginario colectivo, permite construir una imagen integradora de la nación. Ciertamente se problematizan las fuerzas que se ven como obstáculos del progreso, pero se asumen

como presencias que también contribuyen a estructurar nuestra identidad. En la propuesta modernizadora de Gallegos no sólo se trata de abolir y *domesticar*, sino de conocer, conciliar y equilibrar.

Por otra parte, no debemos olvidar que la producción de Rómulo Gallegos presenta un rasgo importante, sustancialmente distinto a la mayoría de las obras publicadas en la época. Ese rasgo distintivo viene dado, básicamente, por el diseño de un proyecto que parte de una ideología progresista y aspira a cancelar, con los recursos de la modernización, el atraso y la decadencia que cuestiona. A diferencia de varios textos publicados en las primeras décadas del siglo XX, nostálgicos y renuentes a asumir los nuevos códigos sociales, la producción galleguiana, en gran parte, lucha contra aquellos valores tradicionales que ya no constituyen una plataforma donde pueden apoyarse la identidad y el autorreconocimiento del venezolano como parte integrante de un grupo, de un espacio geográfico, histórico, cultural, sino que, al contrario, promueven el anquilosamiento social e impiden la adecuada transformación del país.

En *Doña Bárbara*, Gallegos se esmera en conciliar las fuerzas primitivas con aquellas que surgen de la civilización, de lo que se entiende como el mundo moderno. La disputa entre la Cacica del Arauca y Santos Luzardo, que trasciende el enfrentamiento personal hasta convertirse en litigio dirimido en las instancias estatales, muestra la necesidad de resolver, en la historia narrativa, las tensiones entre dos universos aparentemente inconciliables. Pero el mundo bárbaro del llano y la conducta ruda de sus habitantes, no siempre adquieren en el texto connotaciones negativas. El valor del campesino para enfrentar las dificultades que el medio natural le impone, la fortaleza con la que encara la miseria, su noción de la lealtad, etc., representan una fuerza nada desdeñable a la hora de construir una vía de superación de la decadencia y el estancamiento. El ideal de Gallegos no es aniquilar las formas culturales propias del campo al apostar a la modernización de la nación. No se trata de borrar, omitir, o someter al exterminio todo aquello que viene de las zonas rurales, generalmente identificadas con lo bárbaro. No se trata de yuxtaponer los valores de la modernidad a la visión del mundo que domina en sectores colocados al margen de ella. La búsqueda parece residir más bien en la intención de amalgamar estas fuerzas contrarias, de unir los elementos positivos de cada una, para alcanzar el impulso que podría generar una transformación significativa en la sociedad nacional. Asimismo, la barbarie, en el sentido galleguiano, no parece estar solamente en el campo desasistido, donde la civilidad y la ley son códigos práctica-

mente ignorados. Se instala también en la ciudad, donde la violencia del poder y sus múltiples expresiones determinan las relaciones sociales.

La imagen de doña Bárbara, perdida entre los innumerables caminos de la llanura, expresa la imposibilidad de aniquilar definitivamente su fuerza y el poder que ejerce el personaje como figura literaria en el planteamiento de la novela. Sometida ya —no sólo por las acciones de Luzardo, sino por sus propios impulsos— a abandonar su conducta vengativa, para dar paso a un orden nuevo, se transforma en leyenda. Suicidio o retirada, su desaparición sugiere el triunfo de la civilidad, de la ley, sobre la barbarie. Pero es necesario tomar en cuenta que en la compleja subjetividad del personaje, el texto muestra el surgimiento de una íntima convicción, de una necesidad de apartarse para hacer posible el acuerdo, el equilibrio, la comprensión racional que anuncia el ansiado *progreso* perseguido por Gallegos. El proyecto de Luzardo no se impone solamente por la fuerza que él ejerce en su comunidad, sino porque conquista, en la figura de doña Bárbara (y de algunos peones que inicialmente no lo aceptan), el mundo antagonico, situación que permite el pacto entre los contrarios.

No obstante, la civilización legitimada en la historia narrativa, resulta incipiente. Si bien Marisela puede leerse como símbolo del triunfo del ideal galleguiano, la novela contiene otros aspectos reveladores del carácter embrionario de la conquista de Luzardo. El desenlace que, como hemos señalado antes, no define el destino de “la Cacica”, sugiere la fragilidad de esa conquista, su carácter de acontecimiento inicial. Doña Bárbara puede haberse hundido en el tremedal pero, al mismo tiempo, puede estar vagando por las distintas rutas del territorio, como energía inagotable o como presencia amenazante capaz de resurgir. En este sentido, la imagen del centauro cobra también gran importancia. En el discurso de Lorenzo Barquero, personaje inicialmente estudioso, respetado en los círculos académicos de Caracas, la idea del centauro nos remite a la barbarie, a una fuerza negativa presente en la mentalidad del llanero, que se deja arrastrar por ella hasta ser destruido. El tránsito de Barquero responde, justamente, a la influencia de esa fuerza. Su regreso al llano, impuesto por el compromiso de vengar la muerte del padre, desemboca en su aniquilamiento, pues sucumbe ante los encantos de Doña Bárbara y ante la atracción de la llanura. De allí que se transforme en un descreído, en el desesperanzado que renuncia a toda posibilidad de reconstrucción y, en consecuencia, rechaza su propuesta inicial, recogida y compartida luego por su primo Santos Luzardo, quien le dice:

- Años después, en Caracas, cayó en mis manos un folleto de un discurso que habías pronunciado en no sé qué fiesta patriótica [...] ¿Recuerdas ese discurso? El tema era: El centauro es la barbarie y, por consiguiente, hay que acabar con él. Supe entonces que con esa teoría, que proclamaba una orientación más útil de nuestra historia nacional, habías armado un escándalo entre los tradicionalistas de la epopeya, y tuve la satisfacción de comprobar que tus ideas habían marcado época en la manera de apreciar la historia de nuestra independencia. Yo estaba ya en capacidad de entender la tesis y sentía y pensaba de acuerdo contigo. (Gallegos, 1984: 126)

Para Santos la idea sigue siendo un *leitmotiv*. Y es interesante encontrar en el discurso de Gallegos, a través de la palabra del protagonista, claro exponente, además, de la ideología del autor, una postura crítica con respecto a la historia nacional, a su registro y recepción, si tomamos en cuenta que Luzardo cuestiona implícitamente la orientación que esa historia asume en los sectores dominantes, al mostrar su acuerdo con la tesis de Barquero y aplaudir el “escándalo [que produjo] entre los tradicionalistas de la epopeya”. La idea de heroísmo, la exaltación de la acción bélica (recordemos la imagen de Páez, paradigma del héroe victorioso, como *Centauro de los Llanos*) se somete a revisión. Las búsquedas de Santos Luzardo responden a esta intención desmitificadora de la imagen cultural que ha adquirido la gesta independentista, y a la necesidad de canalizar las fuerzas provenientes del elemento bárbaro, que están presentes en su origen y a las cuales no rechaza porque sabe que de ellas se nutre, en gran parte, su voluntad. El protagonista de la novela busca la consolidación de las bases de la nación moderna a través del respeto a la ley, de la educación, del fortalecimiento institucional, del equilibrio de los poderes públicos. El rechazo a la violencia, a las actitudes viscerales que desplazan la posibilidad del entendimiento racional, caracterizarán el desarrollo de Luzardo. Su valoración del civismo será recurrente. Quizá esta insistencia del autor responda al hecho de que escribe en tiempos de dictadura. Pero el lenguaje delirante de Lorenzo Barquero, agujereando la determinación de Luzardo, desestabiliza su convencimiento ante la mirada del lector. Sumergido en la miseria, entregado al alcoholismo, víctima de sus propias fragilidades, Barquero sólo parece obedecer a impulsos destructivos, que progresivamente han venido apagando su antigua agudeza crítica. Sin embargo, su pensamiento muestra aún ciertos destellos de lucidez que el narrador se encarga de destacar. Visión pesimista del desencantado, su palabra introduce en el texto la duda, la posibilidad del fracaso, del resurgimiento permanente de la barbarie:

-¡Matar al centauro! ¡Je! ¡Je! ¡No seas idiota; Santos Luzardo! ¿Crees que eso del centauro es pura retórica? Yo te aseguro que existe. Lo he oído relinchar. Todas las noches pasa por aquí. Y no solamente aquí; allá, en Caracas, también. Y más lejos todavía [...] ¿Quién ha dicho que es posible matar al centauro? ¿Yo? [...] Cien años lleva galopando por esta tierra y pasarán otros cien. (Gallegos, 1984:129-130)

Estas visiones nos permiten construir una profunda lectura del país. Aunque el texto privilegia la perspectiva de Luzardo, no evade introducir ciertos elementos que la problematizan. La *intención civilizadora* expuesta en *Doña Bárbara*, la decisión del protagonista para llevarla a cabo, muestra diversos matices y complejidades, que oscilan entre el profundo convencimiento y la duda que conduce a la vacilación, a la pérdida de la voluntad para concretar en hechos el objetivo propuesto. A pesar de las afirmaciones divulgadas por la crítica acerca de la rigidez de Santos Luzardo, de su carácter de “héroe reformista”, de personaje plano, sin relieves, predecible, en varias secuencias de la novela se muestra arrastrado por la violencia, asediado por las tentaciones, seducido por las fuerzas telúricas que parecen desviarlo de sus propósitos. Su victoria reside no solamente en validar la acción cívica y el recurso legal como vías de entendimiento colectivo, sino en la superación de ese debate íntimo.

Las búsquedas de Gallegos, que en sus artículos de *La Alborada* se muestran como discursos programáticos, como diagnósticos críticos que cuestionan hábitos, atavismos, conductas anárquicas, concepciones políticas, nociones sobre educación, etc., subyacen en el espacio ficcional de *Doña Bárbara*, nutren la trama argumental de la novela, contribuyen a modelar los rasgos de sus personajes y se expresan a través de un universo simbólico que permite matizar la intención didáctica y moralizante, para abrir nuevas y complejas lecturas de la nación. No sólo de las contradicciones que aquejaban a la Venezuela de comienzos del XX, sino de las que conmueven al país que hoy se enfrenta a un nuevo siglo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Araujo, O. (1962). *Lengua y creación en la obra de Rómulo Gallegos*. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación. Dirección de Cultura y Bellas Artes.

- Araujo, O. (1972). Rómulo Gallegos: mito y realidad. En *Narrativa venezolana contemporánea*. Caracas: Editorial Tiempo Nuevo.
- Dunham, L. (Comp.). (1977). *Rómulo Gallegos: una posición en la vida*. Caracas: Ediciones Centauro.
- Gallegos, R. (1984). *Doña Bárbara*. Caracas: Armitano.
- González, P. (2006). De *La Alborada* a *Cantaclaro*: literatura y compromiso en cinco revistas. En Carlos Pacheco, Luis Barrera Linares y Beatriz González Stephan (Coords.), *Nación y literatura: itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana*, 415-430. Caracas: Fundación Bigott / Banesco / Equinoccio.
- Gerendas, J. (1983). La violencia en el proyecto ideológico de algunos textos de Gallegos. *Escritura*, 15, 37-44.
- La Alborada*. (Periódico semanal). Año I, Números I al VIII. Caracas, 31 de enero-28 de marzo, 1909.
- Lasarte, J. (1995). *Juego y nación*. Caracas: Equinoccio/Fundarte.
- Lasarte, J. (2005). Lecturas en pugna: *Doña Bárbara*. En *Al filo de la lectura* (pp. 45-64). Caracas: Universidad Católica Cecilio Acosta/ Equinoccio. Universidad Simón Bolívar.
- Leo, U. (1984). *Rómulo Gallegos y el arte de narrar*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Liscano, J. (1973). *Panorama de la literatura venezolana actual*. Caracas: Publicaciones Españolas.
- Liscano, Juan (1980). *Rómulo Gallegos y su tiempo*. Caracas: Monte Ávila.
- Marinone, M. (2006). *Rómulo Gallegos. Imaginario de nación*. (Prólogo de Susana Zanetti). Mérida (Venezuela): Ediciones El otro, el mismo.
- Osorio, N. (1983). *Doña Bárbara* y el fantasma de Sarmiento. *Escritura*, 15, 19-35.
- Pacheco, C. (2001). Gallegos, la patria deseada y el parricidio. En *La patria y el parricidio*, 77-97. Mérida (Venezuela): Ediciones el otro, el mismo.
- Pacheco, C. (1986). Pensamiento sociopolítico en la novela galleguiana. En Isaac J. Pardo y Oscar Sambrano Urdaneta (Coords.). *Rómulo Gallegos. Multivisión* (pp. 113-134). Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.
- Pacheco, C. (2006). Texturas de la nación: el intelectual Gallegos como significante político y estético en la cultura venezolana. En: Carlos Pacheco, Luis Barrera Linares y Beatriz González Stephan (Coors.). *Nación y literatura: itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana* (pp. 431-449). Caracas: Fundación Bigott/ Banesco/ Equinoccio.

- Ratcliff, D. (1966). *La prosa de ficción en Venezuela*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela.
- Sosa, A. (1985). *Ensayos sobre el pensamiento político positivista venezolano*. Caracas: Ediciones Centauro.
- Urriola, J. S. (1991). *El intelectual según Rómulo Gallegos*. Caracas: Ediciones Centauro.
- Varios. (1980). *Rómulo Gallegos ante la crítica*. (Selección y prólogo de Pedro Díaz Seijas). Caracas: Monte Ávila.